Inteligencia artificial neoliberal, una amenaza para la cultura, las humanidades y la humanidad

Paulo Slachevsky[1]

En su reciente libro sobre el fascismo contemporáneo, el intelectual brasileño Vladimir Safatle retoma la imagen de Walter Benjamin del fascismo como «una revuelta de la técnica que, en lugar de ponerse al servicio de la emancipación humana, se vuelve hacia la sujeción del mundo por la fuerza» (Safatle, 2026: 132). Cuando pensamos en los impactos presentes y futuros de las redes y de la inteligencia artificial (IA) en nuestros cotidianos, tanto por el potencial de control y manipulación que otorgan estas tecnologías concentradas en pocas manos como por la abrumadora acumulación de poder y riqueza que significa este control sin regulaciones, no podemos dejar de sentir cierto escalofrío.

Sensación aquella que se reitera cuando vemos cómo la extrema derecha y el fascismo han tomado a pecho la batalla cultural, al instalar en la base de sus discursos políticos el miedo y el odio a los otros —que se replican, a su vez, en los medios y las redes—, deshumanizando con ello al prójimo y buscando anular parte de los avances en los derechos humanos individuales, económicos, sociales y culturales de los pueblos. En tal sentido, el control de la IA, con todo el poder que ella conlleva, no puede dejarnos indiferentes ni inactivos, tanto en relación con la cultura y las humanidades como por defensa de la humanidad toda.

El dominio de los artículos científicos o *papers* en el ámbito universitario y los efectos de esta industria en la producción

[1] Editor y fotógrafo. Fundador y editor de LOM Ediciones. paulo@lom.cl

intelectual de las humanidades probablemente constituyen un buen preámbulo de las implicancias que podría tener la inteligencia artificial generativa en la cultura y las humanidades. Ya hace algunas décadas, publicar en una revista científica indexada se ha transformado en una condición necesaria para avanzar en una carrera académica. Mientras más prestigiosa es la revista, mejor es el puntaje que logran las y los autores, posibilitándoles mayor estabilidad laboral, reconocimiento y, también, en muchos casos, incentivos económicos a través de bonos por publicación. Evidentemente, esto no se explica únicamente por los beneficios individuales que obtienen las y los académicos, es un más bien un tema sistémico. Entre otros, la cantidad de publicaciones que las universidades logran en estas revistas juega un rol central en las acreditaciones, en el financiamiento público de las mismas, como en el prestigio y en las clasificaciones de los *rankings* internacionales. Es tal la importancia de este asunto en la actualidad, que existen universidades que, para sortear los procesos de acreditación, llegan a contratar profesionales dedicados exclusivamente a redactar *papers*, labor totalmente aislada de la enseñanza y del desarrollo mismo de la universidad. Las obligaciones contractuales no se relacionan con la formación ni con la investigación en sí mismas, sino con la cantidad de artículos anuales en determinado tipo de revistas.

Y no es de extrañar que, en este modelo, de las veinte revistas a nivel mundial con más citas, dieciséis sean de Estados Unidos, dos de Inglaterra, una de Alemania y otra de Holanda (CONICYT, 2012). Todas están escritas en inglés y gran parte de ellas corresponde a conglomerados editoriales que publican centenares o miles de revistas, con gran rentabilidad económica. Así, son estos grandes grupos económicos de países del norte los que, en el contexto de la universidad neoliberal, inciden de manera significaba en qué se valora y qué se publica, fortaleciendo un modelo de universidad y producción de conocimiento forzado a funcionar bajo las lógicas del mercado y con un idioma dominante.

En ese universo, la construcción de propuestas intelectuales amplias y sólidas que solían expresarse, en el ámbito de las humanidades, en el formato tradicional el libro impreso, tienen un valor secundario o marginal. Invertir tiempo y energías en ese

tipo de iniciativas francamente «no les rinde» ni al profesor, ni a la academia, pues ambos están encuadrados en un sistema de evaluación globalizado cuyos fines difícilmente se relacionan con el sentido moderno de lo que se entendía por universidad.

Son muchos los paralelismos que existen entre el efecto del modelo económico-cultural del *paper* en el ámbito universitario y el impacto de la inteligencia artificial que ya comienza a consolidarse. Por un lado, está la enorme concentración de las empresas que hoy dominan estas industrias, en su mayoría provenientes del norte global y guiadas por los intereses económicos del neoliberalismo. Por otro lado, la inteligencia artificial impone una cierta «estandarización» del conocimiento, reduciendo significativamente la diversidad y la heterogeneidad. Al igual que la industria de los *papers*, este modelo de la IA puede impactar en las formas y el fondo mismo en que se desarrolla la vida universitaria, incidiendo en cuestiones centrales como el rol de la universidad en la sociedad, y los intereses a los que esta se somete bajo dicho modelo. Frente a uno y otro caso es difícil no sentirse tocado por un sentimiento pesimista ante el impacto de estas trasformaciones en el ámbito del saber y las humanidades. Basta revisar el efecto del capitalismo neoliberal en el ámbito de las comunicaciones, la cultura o en la educación. Estos tres pilares de la formación del sentido común y de las miradas de mundo han sufrido profundas transformaciones en estas últimas décadas de dominio neoliberal, marcados por procesos de concentración, mercantilización y homogeneización.

En el caso de las comunicaciones, el escenario es devastador. En gran parte del mundo occidental, la concentración en el área de los medios de comunicación es enorme, tanto en la televisión como en las radios y la prensa escrita. ¡Y qué decir de la concentración en las redes sociales y ámbito digital! Parte significativa de estos conglomerados están en manos de una oligarquía profundamente conservadora, que una y otra vez favorece, de manera descarada, a los candidatos más a la derecha en los procesos electorales. Basta analizar elecciones como la de Jair Bolsonaro en Brasil el 2018, o Donald Trump el año 2024. Aquí en Chile, la campaña de desprestigio ante el proceso constituyente y la reciente elección de José Antonio Kast son ejemplos de cómo los medios de comunicación masivos se

han transformado en una de las principales maneras de intervenir en la realidad política y social de nuestros países. Cualquier crítica al modelo y estructura comunicativa cae bajo la acusación de atentado a la libertad de información y de expresión, derechos que bajo el control monopólico de los medios por parte de los más ricos han perdido gran parte de su sentido. Basta ver el silencio de los medios dominantes ante el asesinato de cientos de periodistas y fotógrafos en Palestina y el Líbano por parte de Israel. Presenciamos la mayor masacre de comunicadores en la historia reciente y nada se hace, poco se dice. En cambio, si se proponen legislaciones contra la concentración de los medios de comunicación, el escándalo es inmediato. Como pasa con la libertad en general, la libertad de información solo parece importar cuando se trata de aquella que toca a la elite económica. Ante el brutal desequilibrio en el control de la palabra, podemos decir que el sistema democrático que hemos conocido cada vez se desdibuja con más fuerza, en la medida en que se impone un sistema en el cual los intereses de los más ricos domina, acercándonos hacia una plutocracia.

Ya es pasado el tiempo en el que los periódicos dependían de sus lectores, los que a través de la compra de los ejemplares financiaban el medio. Hoy casi todos dependen de la publicidad, y las empresas que hacen publicidad, mayoritariamente vinculadas a los grandes grupos, son las que finalmente establecen la pauta de lo que es noticia. Que día a día, en buena parte de las radios, escuchemos en nuestro país las campañas publicitarias de SQM y otras mineras, como también de clínicas e Isapres, no es una casualidad. Tampoco es casual que las preguntas necesarias y la reflexión crítica sobre estos grupos solo puedan expresarse en medios alternativos, que son los medios excluidos del sistema publicitario.

En el ámbito de la cultura, en particular, en las industrias culturales tales como el cine, la música y el libro, los procesos de concentración son bastante similares. Hollywood en el cine, las multinacionales en el libro y la música dominan parte significativa del mercado de lo que llaman «la industria del entretenimiento». Como lo expresa claramente el sociólogo Pierre Bourdieu al referirse al campo editorial, cada vez más el polo comercial es hegemónico. Así, los grandes grupos publican de todo: todo lo que vende. Para

no perder ninguna parte del mercado, y mantener cierto prestigio cuando se requiere, catalogan los libros según temas y autores en sellos editoriales que son parte del grupo, y luego los clasifican en distintas colecciones. De esta manera podemos ver cómo en un mismo grupo editorial conviven pensadores de extrema derecha con textos de pensadores radicales de izquierda, clásicos de la literatura con libros de autoayuda, etc. Para asegurar la venta se camuflan las diferencias en nombres de editoriales que alguna vez fueron proyectos con personalidad propia, los que terminan siendo una agrupación de productos que copan vitrinas y mesones de librerías, como los espacios en los medios. Por lo demás, muchas veces estos son parte de los grandes grupos que aúnan editoriales, medios de comunicación y otras inversiones. Estos grandes conglomerados se extienden en ocasiones hasta la industria armamentística, como es, por ejemplo, el caso del grupo Lagardere en Francia. El grupo editorial más grande en ese país mantuvo largo tiempo unidas sus inversiones en el ámbito de la edición con las de armamento y aeronáutica, las que hoy ya están "separadas" en grupos diferentes.

Sin embargo, cuando los intereses de estos mismos grupos están en juego, esa presunta pluralidad política de aquellas editoriales que acogen de todo en sus anaqueles rápidamente se desvanece, asemejándose bastante a lo que se hace periódicamente en los medios de comunicación. En Francia, el reciente escándalo en la editorial Grasset, a partir del despido de Oliver Nora, su editor por más de veinticinco años, por no acatar las instrucciones del multimillonario de extrema derecha Vincent Bolloré, dueño, a la vez, de editoriales, medios de comunicación y con inversiones en la industria de la música, el transporte marítimo y el comercio en África, entre otros es un buen ejemplo. Más de cien autores de la editorial renunciaron y doscientos editoras y editores publicaron una carta abierta en el periódico *Le Monde* denunciado una «guerra cultural e ideológica que se libra a plena luz del día»[2]. Si bien es verdad que no siempre esa guerra se muestra de manera tan abierta y a plena luz, su presencia es permanente e influye de manera significativa en nuestras mentes, las que no están tan alertas frente a los contenidos

[2] Allary, Assous, & Bameule, 2026. En: https://www.lemonde.fr/idees/article/2026/04/17/grasset-nous-editeurs-denoncons-une-guerre-culturelle-et-ideologique-menee-au-grand-jour_6680887_3232.html?search-type=classic&ise_click_rank=1

implícitos que nos proponen como cuando la censura se expresa de manera explícita. Es por ello que la censura de mercado que opera en la lógica de estos grandes grupos es tan peligrosa, con un impacto tal vez mayor que el de la tradicional censura religiosa y política, la que, por ser más explícita, al menos, activaba inmediatamente las resistencias. Como decía Kafka en sus conversaciones con Gustav Janouch, «no podemos romper las cadenas cuando estas no son visibles» (Slachevsky, 2021: 7).

Evidentemente, ante este dominio del polo comercial y conservador —no siempre explícito— en los campos de la cultura, las comunicaciones y la educación, hay resistencias que se despiertan y se manifiestan, posibilitando nuevos espacios y tensiones. Lo vemos con algunos periódicos históricos que permanecen —con enormes dificultades— independientes y que buscan mantener la ética en su quehacer, así como con miles de medios de comunicación alternativos y públicos, al igual que con las editoriales independientes. El movimiento de editoriales independientes nació justamente en reacción a la concentración y al colonialismo cultural que este fenómeno expresaba, buscando articular alianzas entre pequeñas y medianas editoriales de diversos países para enfrentar de manera conjunta las lógicas depredadoras de los grandes grupos. Hoy en día, cuando la edición independiente se ha convertido en un fenómeno de moda, el movimiento ha perdido parte significativa del ímpetu político-cultural que lo vio nacer; no obstante, sigue siendo una opción clara desde el campo cultural para mantener vivo el trabajo con el libro y la palabra escrita, manteniendo una perspectiva liberadora, transformadora y democrática, y enfrentando las lógicas de las multinacionales que en los hechos transforma todo en mercancía.

Así, al igual que ante la destrucción de la naturaleza y el extractivismo dominante se levantó el movimiento ecologista y la conciencia en favor de la biodiversidad, en el ámbito cultural se desarrolló la lucha en favor de la diversidad cultural y la bibliodiversidad, lo que hoy se expresa en parte en la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales de la UNESCO. De la misma manera, es fundamental activar y organizar

esas resistencias ante el modelo de inteligencia artificial generativa que está dominando; buscar a la vez articular esas luchas que están interrelacionadas, no fragmentarlas, como lamentablemente ocurrió en el ámbito de la cultura y las comunicaciones. Los oligarcas aúnan inversiones en ambos campos, y tienen grupos que articulan su trabajo e influencia tanto en los medios de comunicación, en las redes sociales como en las industrias culturales. Del otro lado, cada batalla se ve como un conflicto diferente, perdiéndose la ocasión de unir fuerzas e intereses. Ello constituye un grave error estratégico, más aún en tiempos en que avanza el predominio de la IA.

No se pueden negar ciertos beneficios relacionados con el desarrollo de las IA en innumerables ámbitos de nuestras vidas, desde el mismo hecho de poder traducir y leer fácil y rápidamente textos escritos en otras lenguas hasta los avances en medicina que permiten salvar vidas y enfrentar de mejor manera múltiples enfermedades. Uno podría imaginar que su uso nos acerca a aquello que tanto anhelaron ciertos socialistas utópicos: una vida donde el trabajo y el goce pudieran aunarse de mejor manera gracias a soluciones tecnológicas que liberaran a los humanos del peso de ciertas tareas, como se proponía en los falansterios de Charles Fourier. Pero ese uso utópico de los avances de la técnica que se vislumbraba en el socialismo y comunismo, que se expresa también en los proyectos de la arquitectura constructivista de los inicios de la Revolución rusa, se basaba en una lógica totalmente opuesta a la que hoy nos propone la «miseria del capital», pues esos proyectos ponían a la comunidad y el ideal de una vida feliz para e ser humano al centro. En un sentido totalmente contrario, el modelo actual de la inteligencia artificial, que favorece una concentración cada vez más exacerbada de la técnica en mano de unos pocos oligarcas neoliberales, conduce a una concepción del progreso donde el fin no está en la humanidad misma, sino en ganar y acumular más y más riqueza. Los despidos masivos de las y los trabajadores de estas corporaciones son un buen reflejo de ello. También los análisis que dan cuenta de cómo áreas enteras del quehacer laboral arriesgan volverse innecesarias, pues las IA serían capaces de reemplazar a una porción significativa las y los trabajadores. Es un reemplazo que afecta a todo orden de labores, incluyendo las y los trabajadores

de cuello blanco, en los que se incluyen ámbitos creativos como el diseño, la fotografía, la arquitectura, la animación, entre otros. Y no se trata de que estas empresas estén en dificultades económicas, sino de que las y los trabajadores terminan siendo un estorbo para maximizar la rentabilidad.

Además, un área fundamental y altamente rentable del desarrollo de las IA es el ámbito militar y de seguridad. Lo vemos hoy con *Palantir Technologies* y otros conglomerados industrial-militares que han contribuido directa o indirectamente a la elaboración de las tecnologías de exterminio que han sido utilizadas en Gaza, en la destrucción del sur del Líbano o en los bombardeos en Irán. También, con la censura en las redes que buscan silenciar las denuncias del genocidio. Así, en vez de servir a los intereses de la humanidad y a su bienestar, vemos la implantación de un modelo de IA que se asemeja a lo peor de la imaginación distópica de la ciencia ficción: una tecnología que ya desde sus primeros años se ha puesto al servicio del asesinato de niños, mujeres y hombres; un modelo de control y dominio que hace pensar que el genocidio no es una excepción en la historia, sino un modelo exportable y dotado de su propia «rentabilidad económica y financiera» para los países que desarrollan estas tecnologías, Israel y Estados Unidos a la cabeza.

Cuando Hannah Arendt instala los conceptos del «mal radical» o absoluto y, posteriormente, desde otra perspectiva, la «banalidad del mal » se basa en la lógica puesta en práctica por el nazismo, en la que el sistema vuelve a los seres humanos superfluos, desechables. Es esa la lógica de gestión que presidió al genocidio judío y gitano en la Alemania nazi, y es lo que hoy lleva adelante Israel con el genocidio palestino. En este contexto, técnicos y militares gestionan la automatización de los bombardeos, estableciendo objetivos-tipos y parámetros preestablecidos para cuantificar las muertes civiles «colaterales» o «aceptables», las cuales evidencian, en los hechos, que no hay límites, como lo demuestran las repetidas masacres de civiles en Gaza, o la reciente matanza del 8 y 9 de abril en el Líbano con más de cien bombardeos y más de 300 fallecidos. Difícil es imaginar mayor banalización de los crímenes: un par de sujetos sentados en una oficina estableciendo ciertos parámetros

para que la IA dispare. Momentos u horas después, a cientos de kilómetros de allí, se desata el infierno: cuerpos, gritos y fierros retorcidos, mientras en la oficina los técnicos y militares almuerzan o se van a dormir tranquilamente.

Sin duda, las perspectivas apocalípticas del devenir han sido una constante en la historia de la humanidad y ya están presentes desde hace mucho tiempo en nuestra sociedad por los efectos del cambio climático. Muchas veces, el solo hecho de mencionar o advertir esas posibilidades se caricaturiza y lleva al descrédito y desprestigio de quienes las emiten, tal Casandra. Sin embargo, vivimos, lamentablemente, tiempos en los que no podemos cegarnos ante los posibles impactos aniquiladores de las transformaciones que vivimos. Es necesario reforzar la crítica radical de aquello que nos está llevando a la aceleración actual de la acumulación y del extractivismo de la Tierra, de las mentes y de toda la riqueza y diversidad cultural de la humanidad.

Peter Thiel, el fundador de *Palantir Technologies*, una de las corporaciones lideres en del desarrollo de la IA, ha expresado abiertamente su pensamiento: democracia y libertad no son compatibles (Wikipedia, s.f.). Es una acepción bastante particular de libertad, en total oposición a los principios universalistas y democratizantes de la Revolución francesa que aunaban libertad con igualdad y fraternidad. En la misma órbita de extrema derecha fascista, socio, en sus inicios, de Thiel en la empresa PayPal, está Elon Musk, la persona más rica del mundo. Como señala Grínor Rojo:

Mi conclusión: esta es la gran novedad del fascismo del siglo XXI. En el fascismo del siglo XX, la novedad era, como se recordará, el aparato de propaganda. Eran los espectáculos enceguecedores de Joseph Goebbels y Leni Riefenstahl. En 2026, son los dispositivos de Thiel y de Karp, los de la IA[3].

[3] En: https://lom.cl/blogs/blog

De alguna manera, es como si viviéramos como humanidad los tiempos del rey Midas, dominados por un anhelo de riqueza y acumulación que busca transformarlo todo en oro, eliminando toda vida tocada por ese deseo. En su novela, *El colapso de la civilización occidental*, ficción distópica que prontamente saldrá publicada por LOM ediciones, Erik Conway y Naomi Oreskes —él, historiador del Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA en el Instituto de Tecnología de California; ella, historiadora de las ciencias y profesora de Harvard— imaginan a los sobrevivientes de la humanidad intentando explicarse, en el año 2300, cómo, teniendo todos los elementos a la vista, el mundo occidental fue incapaz de tomar medidas para impedir el colapso (Conway y Oreskes, 2026). El fundamentalismo del mercado es una de las principales razones de esa debacle y precisamente bajo ese fundamentalismo se está desarrollando la IA, acrecentando el poder de unos pocos por sobre el conjunto de la humanidad, favoreciendo la domesticación colectiva de las sociedades y manipulando en masa las mentes de las mayorías. Escrito antes del avasallador avance de la IA en la vida cotidiana, el libro cobra aún mayor vigencia hoy frente al desarrollo de estos poderes que exacerban e incrementan las tendencias que ambos autores advierten.

Y no se trata solo de una destrucción de mundos, de genocidios y exterminios como el que vive el pueblo palestino, que podría repetirse por doquier; se trata también del quiebre de cierta tradición de las humanidades y la política, a nivel cultural y educacional. El desarrollo de un lector crítico, de un militante por la vida o intelectual con una concepción propia del mundo no es un proceso rápido ni automático. Es un camino, un aprendizaje, inserto en un contexto determinado. En ello hay algo de lo que expresaba Nikos Kazanzakis sobre subir la montaña, un largo y arduo proceso de formación, con goce, pero también con obstáculos. La inmediatez a la que las IA nos acostumbran arriesga obstaculizar y anular el lento sendero que requiere nuestro cerebro para potenciar su capacidad crítica. ¿Por qué leer un libro de 400 o 500 páginas si en unos minutos a través del computador o el celular podemos extraer «el jugo» que nos promete? Como dice en su poema *Ítaca* el poeta griego de Alejandría, Constatino Kavafis (2009: 9):

Cuando salgas en el viaje hacia Ítaca
desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras, pleno de conocimientos.

[…]

Siempre en tu pensamiento ten a Ítaca.
Llegar hasta allí es tu destino.
Pero no apures tu viaje en absoluto.
Mejor que muchos años dure:
y viejo ya ancles en la isla,
rico con cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que riquezas te dé Ítaca.

Ítaca te dio el bello viaje.
Sin ella no hubieras salido al camino.
Otras cosas no tiene ya que darte.

Es una gran metáfora de la importancia del camino. Sin duda, uno anhela los resultados, llegar a puertos, pero no es allí donde está la vida misma. Pasar de la información, del dato, al conocimiento, está estrechamente vinculado a ese camino de aprendizaje, de conexiones e interconexiones. Para que se multipliquen las preguntas, las búsquedas e interrogantes, para potenciar la capacidad de ponernos en la piel de las y los otros, no basta con tener respuestas o imágenes inmediatas como las que entrega la IA. A la larga, eso más bien puede terminar matando la curiosidad y las energías por indagar, por buscar respuestas. La lectura es un claro ejemplo de cómo el desarrollo de esa capacidad de comprensión e internalización de lo que se lee, de las palabras mismas, es un proceso lento. La lectura es en cierto sentido un fin en sí mismo, no un medio que la IA puede reemplazar entregando determinados datos. Es verdad que hay lecturas y lecturas, y los buscadores o los resúmenes de la IA pueden ser muy útiles para determinados fines, pero el reemplazo de la práctica lectora por las respuestas inmediatas puede ser profundamente destructivo. No podemos arriesgarnos a que domine el rechazo al mínimo esfuerzo intelectual y a convertirnos en «mentes flojas» por la atrofia de nuestras habilidades mentales, lo

que atenta contra una verdadera democracia que requiere de sujetos activos, atentos, reflexivos, críticos.

Algo similar podemos decir de la traducción. Cómo no agradecer la capacidad de poder leer casi instantáneamente textos en lenguas que desconocemos y que no están asequibles en las nuestras, así como la posibilidad de comunicarse por mail u otras redes con la ayuda de la traducción automática. Sin embargo, de allí a reemplazar, lisa y llanamente, la traducción humana por los programas de IA es otra cosa. El rol de la traducción, por los textos que se han traducido entre las lenguas, por el mismo enriquecimiento de las lenguas con palabras, conceptos e ideas que se integran desde otras latitudes, por la experiencia misma de traducir, y el aprendizaje de otras lenguas, ha sido fundamental tanto en el desarrollo de las civilizaciones como de nuestras capacidades cognitivas. Perder esa capacidad y dedicación, como lo está induciendo el uso y abuso de los traductores IA, terminará generando, probablemente, un profundo daño cognitivo y cultural, lo que afectará también la diversidad lingüística. Es fundamental, en tal sentido, ocupar la traducción por IA como un complemento de la traducción tradicional y, por ningún motivo, reemplazarla en todos los ámbitos. Al igual que con la lectura impresa versus la lectura digital, se trata de experiencias fundamentalmente distintas, que implican diferentes niveles de atención y de concentración, entre otros aspectos. Así, canibalizar el libro impreso por el libro digital tiene profundas implicancias en el desarrollo del aprendizaje y de las capacidades críticas.

Y todo esto transcurre bajo un modelo del que usufructúan, en el fondo, solo unos pocos. Como expresa Antonio Casilli en *Esperando los robots,* cada vez más «los usuarios comunes son reducidos al rango de trabajadores del clic que, al igual que sus homólogos en las plataformas de micro trabajo, contribuyen a la construcción de los sistemas inteligentes»; así «es cada vez más evidente que los humanos, dentro de las plataformas no son usuarios voluntarios, participantes entusiastas o amateurs generosos, sino más bien proletarios del clic» (Casilli, 2022: 23). La *digital labor*, como la denomina Casilli, exacerba el control y la vigilancia en el trabajo, fragmentándolo, aislándolo y dificultando toda organización

colectiva de las resistencias que históricamente se han expresado en el sindicalismo.

Como señala Bruno Patino en su libro *El tiempo de la obsolescencia humana*, «los gigantes del sector digital hacen de nosotros islas para construir su imperio […] fragmentación, extracción, acumulación: la economía de los datos es una economía de la predación» (Patino, 2026: 29). Nos adentramos cada vez más en una «pesadilla electrónica» que nos captura y nos aísla como seres humanos. Ante ello, es urgente activar las alarmas y la resistencia para que estas fuerzas no sigan arrastrando a tal agujero negro nuestras vidas, nuestros datos y todo el conocimiento acumulado en estos siglos, en favor del control, el poder y riqueza de unos cuantos. No solo el futuro de las humanidades y el pensamiento crítico están en juego, sino la humanidad misma.

La vida, la cultura, los libros, no pueden ser material disponible para alimentar esta torre oscura o *Barad-dûr* (la Torre de Sauron) (Tolkien, 2013), para tomar una imagen literaria de un texto bastante popular entre esos oligarcas de la tecnología. ¿La denunciada destrucción de millones de libros viejos para entrenar la IA es una señal del futuro de las humanidades? Es urgente recuperar e imponer un sentido social y democrático en el avance tecnológico. Se necesita generar una fuerza política que favorezca cambios estructurales en el uso y dominio de la IA, donde debe prevalecer el carácter público y social de estas verdaderas armas del futuro. Como señala Danilo Martucelli (2026: 21):

> El pensamiento ilustrado, a pesar de sus tendencias elitistas, impuso lo bien-fundado de la democracia deliberativa. El pensamiento socioeconómico del siglo pasado, a pesar de los automatismos supuestos del mercado, impuso la necesidad de socializar el capitalismo. La era del *Homo Tecnologicus* vuelve imprescindible democratizar las decisiones tecnocientíficas.

La era del *Homo Tecnologicus* requiere construir nuevos horizontes esperanzadores e ir más allá del capitalismo, como del dominio neoliberal en la cultura, las comunicaciones, la educación y la Inteligencia Artificial. Como nos lo advierten el calentamiento

global, el genocidio en Gaza y el vertiginoso desarrollo del uso militar, de control y de vigilancia de las nuevas tecnologías de IA, si no hacemos nada para oponernos al dominio del libre mercado, de la privatización, de la desregulación y de los oligarcas que de ello se favorecen, tal como lo expresará un rayado en la Alameda frente al Centro Cultural Gabriel Mistral el 8 de marzo pasado, «el genocidio será el futuro del capitalismo».

Referencias bibliográficas.

Allary, G., Assous, A., y Bameule, A.S. (17 de abril de 2026). Grasset: «Nous editeurs dénoncons une guerre culturelle et idéologique menée au grand jour». *Le Monde*.

Arendt, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo.* Madrid: Alianza.

Bourdieu, P. (1999). Une révolution conservatrice dans l'édition. En *Actes de la recherche en sciences sociales, vol. 126, n.°1* (págs. 3-28). Paris.

Casilli, A. (2022). *Esperando los robots.* Santiago: Lom ediciones.

CONICYT. (2 de octubre de 2012). Obtenido del sitio: https://www.conicyt.cl/blog/2012/10/02/ranking-de-revistas-a-nivel-mundial-2/

Conway, E., y Oreskes, N. (2026). *El colapso de la civilización occidental.* Santiago: LOM (en edición).

Kavafis, C. (2009). *Desde Alejandría.* Santiago: LOM ediciones.

Martuccelli, D. (abril de 2026). ¿A dónde va el Homo tecnologicus?: La tecnología toma el poder y la palabra. Presentación en congreso.

Patino, B. (2026). *Le temps de l'obsolescence humaine.* Paris: Bernard Grasset.

Rojo, G. (mayo de 2026). *Del neofascismo tecnológico: Palantir*. Obtenido de LOM: https://lom.cl/blogs/blog

Safatle, V. (2026). *La amenaza interior: psicoanálisis del nuevo fascismo global.* Santiago, Buenos Aires: LOM ediciones, Tinta Limón.

Slachevsky, N. (2021). *L'espace domestique de l'animal littéraire. Kafka ou une archéologie de la domestication.* París: Ecole d'hautes etudes en sciences sociales.

Tolkien, J. (2013). *El señor de los anillos.* Barcelona: Minotauro.

UNESCO. (2005). *Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales*. Obtenido del sitio: https://www.unesco.org/creativity/es/2005-convention

Wikipedia. (s.f.). *Peter_Thiel*. Obtenido de Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Peter_Thiel